

**BAUTIZADOS
Y
ENVIADOS**

*La Iglesia de Cristo
en misión en el mundo*

**OBRAS MISIONALES
PONTIFICIAS**

**CONGRESO NACIONAL DE MISIONES
(19-22 DE SEPTIEMBRE DE 2019)**



Con estos datos deseo concluir esta comunicación, expresando mi deseo de que, en nuestra misión femenina, miremos a María y, como ella, que reclama de su Hijo el vino nuevo del amor (cf. Jn 2,3), único capaz de vivificar y sanar al hombre, también nosotras nos sintamos llamadas a hacer de puente entre la humanidad llagada y el Redentor.

DE *MAXIMUM ILLUD* A *EVANGELII GAUDIUM*: RAZÓN TEOLÓGICA DE UN MES MISIONERO EXTRAORDINARIO

SANTIAGO MADRIGAL, SJ
Universidad Pontificia Comillas
Madrid

1. Preliminares: octubre misionero 2019

El papa Francisco anunció la celebración de un Mes Misionero Extraordinario para el mes de octubre de 2019, y lo hizo a través de una carta, del 22 de octubre de 2017, dirigida al cardenal Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en la que decía: «El 30 de noviembre de 2019 se cumplirá el centenario de la carta apostólica *Maximum illud*, con la que Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio». Con ocasión de esta efeméride, Francisco ha querido que toda la Iglesia celebre un Mes Misionero Extraordinario «con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral»¹.

Esta iniciativa no es casual, sino que entronca perfectamente en el proyecto misionero del papa argentino, que desde su Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), su escrito programá-

¹ FRANCISCO, *Carta con ocasión del centenario de la promulgación de la carta apostólica «Maximum illud» sobre la actividad desarrollada por los misioneros en el mundo*, en CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS. OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS, *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo. Mes Misionero Extraordinario, octubre 2019*. Milán, San Paolo, 2019, pp. 9-13 (en adelante: *Bautizados y enviados*).

tico, ha proyectado «una Iglesia en salida», es decir, una Iglesia en estado de misión. Esta opción se deja rastrear en la vibrante intervención ante el colegio de cardenales, el 7 de marzo de 2013, que fue decisiva para su elección como papa. En su biografía, Elisabetta Piqué ha reproducido el tenor de sus palabras, según fueron dadas a conocer por el cardenal cubano Jaime Lucas Ortega:

El arzobispo de Buenos Aires habló de la evangelización, la razón de ser de la Iglesia, que tiene que salir de sí misma e ir hacia las periferias. Periferias no solo geográficas, sino también existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia; las de la ignorancia, las de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de cada forma de miseria. Criticó a la Iglesia «autorreferencial, enferma de narcisismo, que da lugar a ese mal que es la mundanidad espiritual (según el teólogo jesuita Henri de Lubac, el peor mal en el que puede caer la Iglesia), ese vivir para darse gloria los unos con los otros». [...]. «Hay dos imágenes de Iglesia: la Iglesia evangelizadora, que sale de sí misma, la de la Palabra de Dios, que fielmente escucha y proclama; o la Iglesia mundana, que vive en sí, por sí y para sí. Esto debe iluminar los posibles cambios y reformas por realizar para la salvación de las almas»².

Francisco lleva esta preocupación misionera en el corazón; sin embargo, no es una dimensión nueva, sino que constituye una línea inspiradora del Concilio Vaticano II, y los sucesivos papas han venido insistiendo en ello. Por consiguiente, estas reflexiones quieren poner de relieve que la interpelación misionera que el papa Francisco nos hace a todos, bautizados y enviados, tiene profundas raíces teológicas y pastorales. Vamos a tratar de identificarlas y que nos sirvan de preparación para vivir el Mes Misionero Extraordinario desde la dimensión de la «formación bíblica y catequética, espiritual y teológica sobre la *missio ad gentes*»³.

² E. PIQUÉ, *Francisco. Vida y revolución*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, p. 28.

³ Cardenal F. FILONI, *Carta a los Obispos*, 3 de diciembre de 2017, en *Bautizados y enviados*, o. c., p. 30.

Esta exposición está articulada en dos secciones y una conclusión: empezamos evocando el período histórico que va desde la carta apostólica *Maximum illud* (1919) hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965) y su decreto *Ad gentes*; en segundo término, nos centramos en los dos grandes documentos que han visto la luz durante el tiempo posconciliar: la Exhortación apostólica pos-sinodal *Evangelii nuntiandi* (1975), de san Pablo VI, y la encíclica *Redemptoris missio* (1990), de san Juan Pablo II, que habían dejado preparado el camino a la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

2. De la carta apostólica *Maximum illud* al Concilio Vaticano II: de las *misiones extranjeras* a la *misión*

La carta apostólica de Benedicto XV, que obedece al subtítulo «sobre la propagación de la fe católica en el mundo entero», se considera como el primer documento moderno sobre las misiones extranjeras, un primer avance de programa de lo que luego será ciencia de las misiones o misionología⁴.

a) «*Maximum illud*» y el despertar de la conciencia misionera

Este documento, que se sitúa cronológicamente al inicio del siglo XX, el «siglo de las misiones», vio la luz inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), un momento de crisis que parecía poco propicio para la consolidación de la responsabilidad misionera de la Iglesia. Resultaba difícil en esta coyuntura histórica afirmar la universalidad de la misión y la catolicidad de la Iglesia, cuando el fervor misionero podía confun-

⁴ V. UGOCHUKWU IHEANACHO, «*Maximum illud*» and Benedict XV's Missionary Thinking: Prospects of a Local Church in Mission Territories. Balti (Moldavia), Scholar's Press, 2015. Cf. S. B. BEVANS / R. P. SCHROEDER, *Teología para la misión hoy. Constantes en contexto*. Estella, Verbo Divino, 2009, pp. 422-442.

dirse ambiguamente con el colonialismo europeo. He aquí uno de los principales desafíos que debía afrontar Benedicto XV.

Maximum illud puso los cimientos de la reflexión teológica y pastoral de la misión de la Iglesia. Durante el siglo XIX se había producido una floración de carismas misioneros en respuesta al mandato misionero del Señor. Benedicto XV tuvo la lucidez suficiente para exponer de manera sistemática y orgánica los principales criterios eclesiales que podían orientar la floreciente actividad de la Iglesia desde una perspectiva evangélica. El texto se abre con una introducción de carácter histórico que reivindica la necesidad de las misiones extranjeras (MI 11). En la primera parte ofrece una serie de indicaciones a los obispos y prefectos apostólicos para impulsar la vitalidad de la misión; en la segunda exhorta a los misioneros en su tarea de propagación de la fe cristiana y de la salvación de las almas, inculcándoles un estilo de vida pobre y santo, así como una buena preparación y formación. El documento concluye con una tercera sección, que es una invitación a que todo el pueblo de Dios se sienta comprometido y colabore con las misiones mediante la oración y la limosna.

Para la historia de la misión, este documento resulta significativo bajo estos dos aspectos: por un lado, ha insistido en la creación de un clero y de una jerarquía autóctona en las tierras de misión (MI 30-39); por otro, ha separado en términos evangélicos la actividad evangelizadora y la obra de colonización (MI 43-48). En suma: «Desde Benedicto XV, las misiones se convierten en Iglesias locales»⁵.

b) *El Vaticano II, el concilio de la Iglesia y de las misiones: el decreto «Ad gentes»*

Nos acabamos de referir al siglo XX como «el siglo de las misiones», pero no hay que olvidar que también ha sido «el siglo de la Iglesia».

⁵ «Aspectos importantes de la carta apostólica *Maximum illud*», en *Bautizados y enviados*, o. c., p. 324.

Estos dos vectores confluyen en el Concilio Vaticano II. De ello hablan al unísono la Constitución dogmática de la Iglesia, *Lumen gentium*, y el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*. No obstante, conviene recordar, aunque solo sea de pasada, sus antecedentes y que el documento misionero de Benedicto XV fue el prelude de cuatro encíclicas que vieron la luz en los siguientes cuarenta años: el ciclo iniciado por *Rerum Ecclesiae* (1926), de Pío XI, *Evangelii praecones* (1951) y *Fidei donum* (1957), de Pío XII, viene a cerrarse con la encíclica *Princeps pastorum* (1959), con la que san Juan XXIII quiso celebrar el cuadragésimo aniversario de *Maximum illud*. En ella, el papa Roncalli recuerda de forma autobiográfica los cuatro años en los que había trabajado como joven sacerdote en la «Obra de Propagación de la Fe».

El Concilio Vaticano II refleja una nueva conciencia y un nuevo paradigma que se expresa de modo claro en la misma evolución que experimentó la designación del decreto sobre las misiones: de *De missionibus* a *De activitate missionale Ecclesiae*. Este esfuerzo de reflexión que va a propiciar «la repatriación de las misiones en la misión» ha de situarse en la obra de conjunto del Concilio y, de manera especial, en la apreciación que hace de la misión la razón de ser de la Iglesia. La misión no es una tarea o función entre otras, sino que la misión conforma la vida, la identidad y las estructuras de la Iglesia. El decreto *Ad gentes* resulta comprensible en el contexto más amplio de la reflexión sobre la Iglesia de la Constitución dogmática *Lumen gentium*. En este sentido se expresó J. Ratzinger en 1967, cuando escribió que «el texto central del Concilio por naturaleza, tarea y método de la misión, base de todos los textos misionales del Concilio, incluido el mismo decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, y que contiene los puntos de partida del mencionado decreto, se encuentra en los números 13-17 de la Constitución sobre la Iglesia»⁶. El presupuesto último es la idea de

⁶ J. RATZINGER, «Declaraciones conciliares acerca de las misiones, fuera del decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia», en *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*. Barcelona, Herder, 1971, pp. 417-446 (418).

la universalidad o catolicidad de la llamada a formar parte del pueblo de Dios, ya que Dios quiere que todos los hombres se salven a través de la acción de la Iglesia, el «sacramento universal de salvación»⁷.

De esta consideración de la Iglesia como sacramento universal de salvación arranca precisamente el decreto *Ad gentes*. Y añade: «La Iglesia peregrinante es misionera por su propia naturaleza, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre» (AG 2). De esta manera, el decreto ha quedado fundado sobre la misma teología trinitaria de la Constitución sobre la Iglesia (cf. LG 2-4). En AG 2, Dios Padre es presentado como fuente de vida y amor, que libremente crea el mundo y llama a la humanidad a compartir la plenitud de la vida divina. Por eso Dios derrama generosamente su bondad en la historia con la misión de su Hijo (AG 3), y sigue haciéndolo sin cesar en el desarrollo de la historia a través de la misión del Espíritu Santo (AG 4). En suma: la misión de la Iglesia surge de la participación en la misión del Dios uno y trino⁸.

3. La maduración posconciliar de la teología de la misión: de *Evangelii nuntiandi* (1975) a *Redemptoris missio* (1990)

Diez años después de la clausura del Concilio vio la luz uno de los documentos más importantes del tiempo posconciliar, la Exhortación apostólica pos-sinodal *Evangelii nuntiandi* (1975), como resultado de la III Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos.

Este texto comienza apelando al ministerio concreto de Jesús y a su predicación del reino de Dios como fundamento de la misión

⁷ Cf. S. MADRIGAL, «La actividad misionera de la Iglesia, *ad gentes divinitus missa ut sit sacramentum salutis universale*», en V. VIDE / J. R. VILLAR (eds.), *El Concilio Vaticano II. Una perspectiva teológica*. Madrid, San Pablo, 2013, pp. 355-398.

⁸ Cf. S. MADRIGAL, «La eclesiología trinitaria en perspectiva ecuménica», en *Trinidad, comunión y unidad*. Madrid, San Pablo, 2017, pp. 53-88.

de la Iglesia: «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (EN 7). Por tanto, del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora. Así se produce la identificación entre evangelización y misión: «Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14). La Iglesia, que ha nacido de la acción evangelizadora de Jesús, ha sido enviada por él para prolongar y continuar su misión en el mundo (EN 15). Por tanto, la misión de la Iglesia es participación en la misión de Jesús al servicio del reino de Dios. Ahora bien, para evangelizar al mundo de manera creíble, «la Iglesia tiene necesidad de ser evangelizada»; en otras palabras: requiere ella misma de una conversión y renovación constantes.

A la hora de explicar en qué consiste la acción evangelizadora de la Iglesia, el Sínodo había dado continuidad a las enseñanzas del Concilio (*Lumen gentium, Gaudium et spes, Ad gentes*): «No se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, las líneas de pensamiento y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (EN 19). Se trata de evangelizar la cultura y las culturas, en el sentido que esta expresión tiene en la Constitución pastoral, y cuya ruptura Pablo VI consideraba uno de los mayores dramas de nuestro tiempo.

Evangelizar significa, en primer término, dar testimonio del Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Ahora bien, precisando el contenido de la evangelización, su mensaje explícito dice relación a los derechos y deberes de la persona, a la vida familiar, al desarrollo de la vida social, a la justicia y a la paz internacional, al desarrollo, a la liberación. En esta clave de la liberación se habían manifestado muchos obispos del Tercer Mundo durante la celebración del Sínodo: «La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos; el deber

de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total» (EN 30). De esta forma, la Exhortación apostólica ampliaba el dinamismo de la acción evangelizadora a la promoción humana frente al hambre, el analfabetismo, la depauperación, la injusticia, el neocolonialismo económico, cultural y político.

Pablo VI quiso trazar la conexión entre evangelización y promoción humana (desarrollo y liberación): entre ambas existe, en primer lugar, un vínculo antropológico, ya que el anuncio evangélico no se dirige a un hombre abstracto, sino a un hombre inmerso en situaciones sociales y económicas determinadas; existe, además, un lazo de índole teológica, pues no se puede disociar el orden de la redención y de la creación; finalmente, esa conexión se asienta sobre las ineludibles exigencias de la caridad (EN 31). Por primera vez, un texto del magisterio exponía una visión integral de la evangelización, afirmando que el mensaje del Evangelio es un *mensaje de liberación* (EN 30)⁹. Ahora bien, la Iglesia no pretende sustituir el anuncio del Reino con la proclamación de las liberaciones humanas (EN 34), y aunque establece la conexión entre liberación humana y salvación en Cristo, no las identifica (EN 35). Por tanto, no pueden confundirse o identificarse la evangelización y la promoción humana; pero tampoco pueden separarse la promoción humana y la evangelización como dos actividades absolutamente independientes. La Iglesia desea insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el diseño global de la salvación por ella anunciada (EN 38).

Con motivo de los veinticinco años de AG y de los quince de EN, Juan Pablo II publicó su octava encíclica, *Redemptoris missio*, que plantea de forma muy consciente la pregunta por el sentido de las misiones. En ella se constata una doble línea de continuidad con los textos que conmemora: por un lado, incorpora la base trinitaria de AG (cf. RM 1; 7; 22; 23; 32) y dedica un capítulo a la

⁹ S. B. BEVANS / R. P. SCHROEDER, *Teología para la misión hoy*, o. c., p. 522.

continuación de la misión de Jesús de proclamar el reino de Dios por parte de la Iglesia (RM 12-20); sin embargo, aparece otro motivo dominante en su fundamentación de la misión: el anuncio de Jesucristo como salvador universal (RM 4-11). En otras palabras: la insistencia en la idea de Jesús como inspirador de la misión de la Iglesia se ve reorientada en esta dirección: «El motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza» es que en Jesús se encuentra «la autorrevelación definitiva de Dios» (RM 5). Al final del capítulo primero se plantea explícitamente la pregunta: «¿Por qué la misión?». La respuesta suena así: «Porque a nosotros, como a Pablo, se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo» (Ef 3,8; cf. RM 11).

La encíclica *Redemptoris missio* (1990), que nació con la vocación de servir a la celebración del vigesimoquinto aniversario del decreto *Ad gentes*, insiste en el hecho de que el Espíritu Santo hace misionera a toda la Iglesia y le muestra nuevos horizontes: «Hoy la Iglesia debe afrontar nuevos desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión *ad gentes* como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo. Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu» (RM 30). Dentro de la misión única de la Iglesia, este documento establece una tipología con estas tres situaciones básicas: a) la actividad pastoral en las comunidades cristianas bien consolidadas; b) la misión *ad gentes* allí donde aún no se ha proclamado el Evangelio; c) la reevangelización o nueva evangelización en países de antigua cristiandad o en Iglesias jóvenes, donde se ha perdido el sentido de la fe y las exigencias del Evangelio (RM 33).

Junto al desempeño de la misión *ad gentes*, en medio de fenómenos sociales nuevos, como el flujo migratorio, la evangelización se desarrolla en nuevos areópagos: el mundo de la comunicación global, el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos de los hombres y de los pueblos, sobre todo de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la sal-

vaguarda de la creación; la cultura, la investigación científica, las relaciones internacionales (RM 37). Un aspecto sobresaliente de este documento es la firme certeza de que «el diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» (RM 55).

4. La interpelación misionera del papa Francisco: *Evangelii gaudium* (2013)

La Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* está concebida como una invitación a «una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría», y quiere señalar «camino para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG 1). Estamos ante un escrito «programático» (EG 25). Antes que nada, conviene situar el texto en su contexto eclesial, que no es otro que la celebración de la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los obispos, convocada por Benedicto XVI (2012) para abordar la problemática de «la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana».

Como he explicado en otro lugar¹⁰, en su estrecha relación con el Sínodo sobre la nueva evangelización, el proyecto renovador de «una Iglesia en salida» hunde sus raíces en el mismo impulso misionero del Vaticano II, encuentra su inspiración en el magisterio posconciliar de san Pablo VI (*Evangelii nuntiandi*, 1975) y de san Juan Pablo II (*Redemptoris missio*, 1990) y viene troquelado en los moldes de la recepción latinoamericana del Concilio, siguiendo los pasos de las Conferencias generales de Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007).

Al comienzo de la Exhortación apostólica se lee que «la salida misionera es el *paradigma de toda obra de la Iglesia*» (EG 15). Esta era la convicción de los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida, y la Exhortación *Evangelii gaudium* se hace eco de ella:

¹⁰ Cf. S. MADRIGAL, «La "Iglesia en salida": la misión como tema eclesiológico», en *Revista Catalana de Teologia* 40/2 (2015), pp. 425-458.

es necesario pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera» (DA 370; citado en EG 15). Y Mons. Víctor Fernández, un estrecho colaborador de Francisco, comenta al respecto:

Aparecida fue para Bergoglio un fuerte descubrimiento de la vocación misionera de la Iglesia, de la necesidad de volver a poner a la Iglesia en salida. Es lo que Juan Pablo II había dicho en *Redemptoris missio*, donde recordó que el anuncio del Evangelio a los que están alejados «es la tarea primordial de la Iglesia» (RM 34), que la actividad misionera es «el mayor desafío para la Iglesia» (RM 34) y que «la causa misionera debe ser la primera» (RM 86). Cuando Juan Pablo II dijo estas cosas, no lo escuchamos. Pero Aparecida se tomó en serio que salir a buscar a los alejados es *el paradigma de toda la obra de la Iglesia*¹¹.

Sabemos además que el antiguo cardenal de Buenos Aires, que presidía la comisión que debía redactar el texto final, quiso que la cláusula «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» fuese incluida en las conclusiones del *Documento de Aparecida*¹². En realidad, el origen de este lema no es otro que el n. 80 de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI. Esta afirmación constituye el título de uno de los epígrafes iniciales. He aquí el espíritu que da vida al proyecto de «una Iglesia en salida», cuya clave de bóveda es la «conversión misionera para la reforma de la Iglesia». El programa de Francisco se puede condensar en esta frase: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización» (EG 27).

El capítulo primero de la Exhortación, «La transformación misionera de la Iglesia», arranca del mismo impulso que vio nacer al Vati-

¹¹ V. M. FERNÁNDEZ / P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*. Madrid, San Pablo, 2014, pp. 48-49.

¹² Remito a mi estudio *El giro eclesiológico en la recepción del Vaticano II*. Santander, Sal Terrae, 2017, pp. 295-321.

cano II, el mandato misionero de Jesús (EG 19): «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). De esta cita evangélica arrancaba el plan de Suenens que puso en marcha el Concilio Vaticano II con el objetivo de poner a la Iglesia en estado de misión. «Hoy, en este “id” de Jesús –escribe Francisco– están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera» (EG 20).

En segundo lugar, Francisco conecta esta salida misionera –«constituyámonos en todas las regiones de la tierra “en un estado permanente de misión”» (EG 25)– con una «pastoral en conversión». Bergoglio –según revela su estrecho colaborador Víctor Fernández¹³– admira profundamente el pensamiento de Pablo VI en este aspecto concreto:

Está en línea de la encíclica *Ecclesiam suam*, según la cual «la Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio [...] De esta iluminada y operada conciencia brota un espontáneo deseo de comparar la imagen ideal de la Iglesia –tal como Cristo la vio, la quiso y la amó como Esposa suya, santa e inmaculada– y el rostro real que hoy la Iglesia presenta [...] Brota, por tanto, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a modo de examen interior, frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí». Por consiguiente, una reforma de sí misma por fidelidad a Cristo¹⁴.

Es notable en el pensamiento de Francisco esta conexión entre misión y reforma. De ahí que la Exhortación acuda explícitamente al pasaje del decreto sobre el ecumenismo, que habla de una reforma permanente de la Iglesia por fidelidad a Jesucristo (UR 6): «Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de

¹³ V. M. FERNÁNDEZ / P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, o. c., pp. 32-33.

¹⁴ La cita en EG 26.

la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad» (EG 26).

5. Conclusión: la misión como motor de renovación y reforma de la vida de la Iglesia

Evoquemos, para concluir, la figura de san Francisco Javier, «digno de ser comparado con los mismos apóstoles», en palabras de *Maximum illud* 5, por sus trabajos para la gloria de Dios y la salvación de las almas en las Indias orientales y en el Japón. Un hombre que había hecho del mandato misionero la razón de su vida llega a escribir: «Muchas veces me conmueve la idea de ir a las universidades de vuestra parte, gritando como un hombre que ha perdido la cabeza, y especialmente a la Universidad de París, diciéndoles a todos en la Sorbona que tienen más deseos de ciencia que de hacerla fructificar: “¡Cuántas almas no pueden ir al cielo y van al infierno por vuestra negligencia!”». Son palabras que nos sitúan de forma provocativa ante una cuestión que no ha estado ausente a lo largo de la centuria transcurrida desde *Maximum illud* (1919) hasta el Mes Extraordinario Misionero (2019): ¿tiene sentido la misión *ad gentes*?

G. Dal Toso ha señalado cuatro niveles de la *missio ad gentes*: a) el anuncio cristiano en las tierras de misión, como grandes zonas de Asia; b) el perfeccionamiento y la continuación de la evangelización en los territorios de misión a través de una más completa *implantatio Ecclesiae* y una inculturación de la fe; c) la misión en el sentido del primer anuncio de la fe en los continentes de antigua cultura cristiana, donde crece día a día el número de los que no conocen a Cristo; d) la presencia creciente en los territorios de la antigua cristiandad de poblaciones que provienen de otros contextos culturales y religiosos ajenos a la fe cristiana¹⁵.

¹⁵ G. DAL TOSO, «La *missio* en la Trinidad, origen de la *missio* de la Iglesia», en *Bautizados y enviados*, o. c., pp. 55-56.

Una reflexión sobre la esencia de la Iglesia nos permite comprender su tarea misionera en el sentido de la cláusula acuñada por S. Dianich: la Iglesia hace la misión y la misión hace la Iglesia. Para Francisco resulta decisiva la conexión entre misión y reforma de la Iglesia. La misión es capaz de renovar la Iglesia. Esta es la idea imperecedera oscuramente presentida en *Maximum illud* que nunca perderá su actualidad. La novedad es Cristo. Francisco nos recuerda que la misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo (EG 268). Todo su discurso acerca de la alegría del Evangelio fluye de esta certeza: «Toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”» (EG 11). El sustrato de esta apreciación no es otro que la conocida afirmación de san Ireneo en *Adversus haereses*: es Cristo el que, «en su venida, ha traído consigo toda novedad».

ASIA, DESAFÍO PARA LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Fr. MIGUEL ÁNGEL MEDINA ESCUDERO, OP
 Universidad Eclesiástica San Dámaso
 Madrid

La preocupación por la evangelización de Asia ha estado siempre presente entre las prioridades de los pontificados de los tres últimos papas. Es significativo que Juan Pablo II mencionara en seis ocasiones a Asia en *Redemptoris missio*¹.

1. Asia, reto en la misión de la Iglesia para el tercer milenio

Asia significa variedad, pluralismo y multiplicidad, y seguramente es uno de los mayores retos para la Iglesia del siglo XXI.

Población² mundial y asiática

Asia	4,601.371.198	China	1.433.783.686
África	1,308.064.195	India	1.366.417.754
Europa	747.182.751	Indonesia	270.625.568
Latinoamérica-Caribe	648.120.957	Pakistán	216.565.318
Norteamérica	366.600.964	Bangladesh	163.046.161
Oceanía	41.128.035	Japón	126.860.301
		Filipinas	108.116.615
		Vietnam	96.462.106

Este continente –compuesto por cuarenta países– desafía por su extensión territorial y por la disparidad cultural, lingüística –2.165 lenguas– y religiosa. Todas estas circunstancias se convier-

¹ Cf. RM 30; 37; 40; 55; 69; 91.

² Cf. <http://www.worldometers.info/world-population/> (2019).